

EL DINAMISMO APOSTOLICO DE LA FAMILIA CRISTIANA

LUCAS MOREIRA NEVES

Quiero expresar todo mi agradecimiento a la Universidad de Navarra, y más en concreto a la Facultad de Teología, principal organizadora de este Simposio, por haber tenido la amabilidad de invitarme a tomar la palabra en la sesión de clausura. Ha sido para mí una inmensa alegría poder participar en estas jornadas y así lo testimonio a todos los que han tenido parte en esta invitación: mi agradecimiento muy de corazón.

Mi intervención no tendrá de ningún modo carácter académico, porque no soy profesor universitario. Será la intervención de un pastor, la de un hombre que, hace treinta años es sacerdote y desde trece, obispo.

Por eso, esta conferencia de clausura será un poco especial; no propiamente una conferencia, sino una conversación con ustedes, basada en la experiencia vivida como sacerdote y como obispo, habiendo trabajado además durante muchos años en el Movimiento Familiar Cristiano. Será también la conversación de un pastor que viene desde América Latina. Así, pues, me disculparán si hablo a partir de mi experiencia en el Continente donde nací, viví y trabajé todos estos años.

Pienso que fue un gran acierto por parte de la Facultad de Teología y las demás Facultades organizadoras de este Simposio decidir que se clausurara con una palabras sobre el "Dinamismo apostólico de la familia cristiana", porque este tema se fundamenta sobre las varias y ricas consideraciones que hemos escuchado en esta reunión científica desde el punto de vista de la Teología, la

Antropología, la Psicología, y a la vez las corona a todas ellas, sirviéndose de punto de convergencia.

No necesito subrayar el interés de este tema, que será —estoy seguro— uno de los más importantes capítulos del Sínodo en octubre próximo. Porque un Sínodo que hablará de la misión, de las tareas y de los deberes de la familia no podrá dejar de hablar de este dinamismo apostólico y evangelizador de la familia que es —me parece— una de sus funciones más notables y urgentes.

Antes de cualquier otra consideración, me apresuro a observar que hablar del dinamismo apostólico de la familia no es elaborar una teoría, quizá bella y atrayente, pero abstracta, sino referirse a algo concreto, algo realizado históricamente en el pasado más lejano de la Iglesia y en el presente más cercano.

1. EJEMPLOS DEL DINAMISMO APOSTOLICO DE LAS FAMILIAS

Es posible encontrar múltiples ejemplos de este dinamismo apostólico de la familia cristiana. En cuanto al pasado, quedaron registrados en las páginas del Nuevo Testamento los nombres de numerosos discípulos de Cristo que hicieron de sus hogares verdaderos núcleos eclesiales y centros de irradiación de aquel mensaje cristiano que había penetrado en sus almas y en sus vidas. Los Hechos de los Apóstoles y las Cartas de San Pablo están llenos de estos nombres. En este centro universitario, donde está tan viva la presencia de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, ¿cómo no citar algunas palabras de una de sus homilias?: “Quizá no puede proponerse a los esposos cristianos mejor modelo que el de las familias de los tiempos apostólicos: el centurión Cornelio, que fue dócil a la voluntad de Dios y en cuya casa se consumó la apertura de la Iglesia a los gentiles; Aquila y Priscila, que difundieron el cristianismo en Corinto y en Efeso, y que colaboraron en el apostolado de San Pablo; Tabita, que con su caridad asistió a los necesitados de Joppe. Y tantos otros hogares de judíos y de gentiles, de griegos y de romanos, en los que prendió la predicación de los primeros discípulos del Señor. Familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje evangélico”¹.

1. *Es Cristo que pasa*, n. 30.

Si leemos las gestas de los mártires que fueron perseguidos en Roma y en otras partes del Imperio, no falta jamás la crónica de familias que —enteras: padres, hijos y aun con los sirvientes de la casa— dieron el testimonio supremo, entregando la vida para proclamar su fe en Jesucristo.

Hasta aquí los ejemplos del pasado lejano. Acercándonos al presente, bastará recordar lo que cuentan los biógrafos del famoso lazarista belga, Padre Vincent Lebbe. Al llegar como misionero al interior más apartado de la China, en un pueblo por donde había muchísimos años que no pasaban sacerdotes, Lebbe encontró fuertes raíces de vida y de práctica cristiana y se preguntó estupefacto cómo se había podido conservar allí la fe. No tardó en descubrir lo que sería para su actividad misionera una lección fructuosa: que a pesar de la ausencia larga de sacerdotes, la fe y la vida cristiana se habían conservado y transmitido de generación en generación en el seno de las familias, a través de la pervivencia y tradición de valores familiares.

Esta misma experiencia de Lebbe la tuvieron los misioneros del Japón que, entrando en este país tras siglos de ausencia de sacerdotes, encontraron viva la fe y la práctica cristiana transmitida —aquí también— a través de la familia y de los valores familiares.

Creo poder dar testimonio del mismo fenómeno en algunos lugares del Continente latino-americano. ¡En cuántos lugares de las orillas del río Amazonas o en las secas llanuras del Nordeste Brasileño o en desoladas alturas andinas, donde el clero es escaso y los sacerdotes sólo pueden visitar algunos lugares pocas veces al año, son las familias las que asumen la misión apostólica de transmitir el Evangelio, de ser maestros de la fe, de comunicar la vida cristiana!

He citado ejemplos de iglesias misioneras: China, Japón, Brasil, América-Latina. Pero pienso que, también en vuestras iglesias europeas, donde hay abundancia de sacerdotes y donde las estructuras eclesiales están bien organizadas y provistas, la familia tiene una función apostólica propia que desempeñar. El dinamismo apostólico de la familia es actual en todos los lugares donde está por hacer el anuncio del Evangelio y donde hay una vida cristiana que conservar y transmitir a otras generaciones.

Y ahora pregunto: ¿es posible que este dinamismo apostólico de la familia no tenga raíces profundas más allá de las circunstancias externas que acabo de mencionar: falta de clero o ausen-

cia de misioneros? Las tiene sin duda. ¿Cuáles son, pues, esas raíces profundas del dinamismo apostólico de la familia? Se trata de raíces eminentemente teológicas. Intentemos a continuación referirnos a la más importantes.

2. RAICES DEL DINAMISMO APOSTOLICO DE LA FAMILIA

2.1. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

La primera raíz del dinamismo apostólico familiar es, sin duda, la gracia sacramental que está en el origen de toda familia cristiana.

Entre los valores de la familia y las riquezas del matrimonio que la fundamenta existe una vinculación profunda. Si es cierto que no hay que confundir o identificar las dos realidades —matrimonio y familia— no hay tampoco que escindir las, porque sería una peligrosa y dolorosa vivisección. Aquí como en otros tantos campos vale el conocido principio: distinguir para unir². Hay que distinguir matrimonio y familia para después unirlos.

Así, en el próximo Sínodo de Obispos, de acuerdo con la convocatoria hecha por Juan Pablo II y la metodología seguida ya por los documentos preparatorios, no se pondrá la atención última en el matrimonio en sí. Este Sínodo no aspira primariamente a exponer y desarrollar toda la doctrina católica sobre el “sacramentum magnum”; pero para tratar de la familia cristiana, de sus funciones y tareas, tendrá muy presente la doctrina sobre el matrimonio, a fin de explicarla y reafirmarla en los puntos que convenga. Porque —debemos decirlo— toda profundización científica sería, bien en la teología del matrimonio, bien en las enseñanzas de la antropología o de cualquiera otra ciencia respecto al matrimonio, resulta benéfica para una más clara visión del dinamismo apostólico de la familia, que es el punto central de referencia de mi disertación. Por eso, aunque yo deba insistir en el aspecto pastoral, no olvido nada de cuanto se ha dicho hasta ahora en este Simposio para señalar los valores y riquezas del matrimonio: convenía hacerlo antes de hablar de la familia, ya que eso es un presupuesto y una preparación para entender mejor la actividad apostólica de la familia.

2. Cfr. JACQUES MARITAIN, *Les degrés du savoir*, subtítulo de la obra.

De modo especial ahora, al hablar de la gracia sacramental, conviene tener muy presente cuanto ya se ha expuesto en el Simposio sobre los valores y riquezas del matrimonio. No olvidemos que el matrimonio, cuando confiere a los esposos gracias para su enriquecimiento personal, su perfección cristiana personal y su santificación personal, les otorga también gracias en orden a su misión social, esto es, en orden a un preciso beneficio para la comunidad humana, para la sociedad humana y para la comunidad eclesial. Es el sacramento del matrimonio quien hace, de este cristiano y de esta cristiana, marido y mujer; pero es también este sacramento quien les otorga una misión al frente del hogar que ellos construyen y, por eso, les asegura una presencia activa en el seno de la Iglesia.

Recordemos algunas de las gracias derivadas del matrimonio sacramental: la gracia de la superación del egoísmo individualista; la gracia del don generoso que cada uno debe hacer de sí mismo al otro; la gracia de la ayuda mutua y del mutuo servicio que los dos se prestan; la gracia de la comunión interpersonal (de la que ha hablado tan bellamente la Constitución *Gaudium et Spes*); la gracia del crecimiento en la vida cristiana de uno gracias al otro. Todas estas gracias del sacramento del matrimonio tienen una doble dimensión: la interpersonal ya mencionada y la que podemos llamar social o eclesial; ambas constituyen, básicamente, el principio activo del dinamismo apostólico de la familia. He aquí por qué he querido subrayar muy fuertemente esta primera raíz del dinamismo apostólico de la familia: las gracias del sacramento del matrimonio. Son estas gracias las que hacen del matrimonio un instrumento activo, dinámico.

2.2. LA FAMILIA, IGLESIA DOMÉSTICA

La segunda raíz de este dinamismo apostólico de la familia es su condición de iglesia doméstica. Esta expresión feliz y sugestiva, adoptada por la *Lumen Gentium*³, no es una creación del Concilio Vaticano II. Se inspira en los Padres de la Iglesia, especialmente en San Juan Crisóstomo, en Oriente, y en San Agustín, en Occidente. San Juan Crisóstomo se refirió en un Sermón a la familia cristiana con esta designación tan cariñosa, tan bella, sobre todo tan teológica, de *ecclesiola*: una "iglesia en miniatura",

3. CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, n. 11.

una pequeña iglesia. Eco de esa imagen de la *ecclesiola* son las palabras con que el Concilio habló de la iglesia doméstica.

Ahora bien, si la familia cristiana es una pequeña iglesia del hogar, debe reproducir en su dimensión propia todas las funciones de la gran Iglesia. Y ¿cuáles son las principales dimensiones de la Iglesia que se reproducen en el hogar? Las podemos resumir en cuatro:

— En primer lugar, ser una comunidad de fe, en la que se anuncia —se proclama— la palabra de Dios y en la que se profundiza en esa palabra divina y crece la fe de cada uno de los miembros.

— En segundo lugar, ser una comunidad de caridad, en la que se vive y se practica el amor cristiano, sobre todo en sus dimensiones de ayuda y de servicio mutuos.

— En tercer lugar, ser una comunidad de oración, una casa donde de verdad se alaba al Señor, donde los miembros se sienten de verdad invitados a entrar en comunión con Dios.

— En cuarto lugar, ser una comunidad misionera, apostólica, desde la que se irradia, más allá de los muros de la casa, un vivo y auténtico testimonio de vida cristiana.

En la medida en que se realizan en una familia cristiana estos elementos de la iglesia doméstica, esa familia conocerá y ejercerá un verdadero dinamismo apostólico.

3. REALIZACION DEL DINAMISMO APOSTOLICO

La consideración que voy a desarrollar ahora está en el centro de esta charla: ¿cómo se realiza concretamente este dinamismo apostólico? Doy gran importancia a esta parte porque no quisiera limitarme a una presentación teórica del dinamismo apostólico. Deseo, más bien, poner de manifiesto cómo se realiza concretamente esta actividad apostólica de las familias. Lo que acabamos de decir sobre las raíces del dinamismo apostólico de la familia ofrece ya indicaciones útiles y preciosas a quienes aspiren a mostrar cómo se encarna en la realidad concreta ese espíritu apostólico de la familia cristiana. Pero hay que decir más. Como

primer paso me parece conveniente señalar que ese dinamismo se sitúa, en mi opinión, a dos niveles: *a*) en el seno mismo de la familia, en función y en servicio de la propia familia, y *b*) en servicio de la Iglesia y de la sociedad global, a través de la presencia de esta familia en las comunidades más amplias.

Encontramos mencionados estos dos niveles en un texto de Mons. Escrivá de Balaguer⁴. Nos habla en ese lugar de hogares “en los que se refleja la luz de Cristo, y que son, por eso, luminosos y alegres”: he aquí el dinamismo apostólico hacia el interior, en el seno de la misma familia. Pero enseguida agrega que esas familias son hogares “en los que la armonía que reina entre los padres se transmite a los hijos, a la familia entera y a los ambientes todos que la acompañan”: he aquí el dinamismo hacia el exterior.

Consideremos ahora seguidamente esos dos niveles.

3.1. EL NIVEL INTRAFAMILIAR

¿Cómo se actúa el dinamismo apostólico en el interior de la familia? Entre otros muchos aspectos quisiera subrayar ahora los tres siguientes:

3.1.1. *La educación en la fe*

No podemos olvidar que una misión ineludible de los padres de familia es la de ser maestros de sus hijos en la fe. Los padres son los primeros catequistas, son los iniciadores de sus hijos en lo que atañe a la vida religiosa de estos niños y de estos adolescentes. No olvidaré jamás una conversación que tuve hace más de veinte años con un matrimonio brasileño, una pareja del Movimiento Familiar Cristiano. Estos padres me invitaban amablemente a dar la primera comunión a tres de sus hijos. Yo les pregunté: ¿quién los ha preparado? Y ambos me contestaron: “Nosotros, naturalmente”. Y tuve que tragarme el “naturalmente”.

Debiera haberlo sabido: los padres son los primeros catequistas. El documento *Catechesi tradendae* lo dice muy claramente, y ya antes la *Lumen Gentium* y la *Gaudium et Spes* lo habían dicho: los padres son los verdaderos y primeros maestros en la fe de sus hijos⁵. Y lo son más con el ejemplo y el testimonio

4. *Es Cristo que pasa*, n. 30.

5. JUAN PABLO II, Exhort. apost. *Catechesi tradendae*, n. 68; CONC. VATICANO II, Const. *Lumen Gentium*, n. 11; Const. *Gaudium et Spes*, n. 48; Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

de la vida que con las palabras, aunque también las palabras sean necesarias. De ahí que no podamos quedarnos tranquilos los que nos preocupamos de la familia, al ver que en tantos hogares cristianos, a la hora de la cena, se habla mucho de fútbol —y está bien que se hable de eso..., al menos en los hogares brasileños—; se habla mucho de las notas obtenidas en la escuela —quizá, en general, con cierto enfado—; se habla mucho de la vida ajena; pero se habla poco del Señor, se habla poco de la fe, se habla poco de la Iglesia. Es necesario esforzarse para que los padres de familia se hagan conscientes de su condición de primeros catequistas de sus hijos, de primeros maestros en la fe.

Pero al tratar de la familia y de la fe la perspectiva señalada no es la única; hay otra de la que habló la *Gaudium et Spes*, y fue retomada más tarde por Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*; perspectiva que es muy bella y, me parece, muy fecunda. El Concilio Vaticano II y Pablo VI han querido recordar que en un hogar cristiano los padres enseñan la fe a sus hijos, pero los hijos también enseñan la fe a sus padres⁶.

Existe un testimonio de fe característico de los jóvenes que faltaría si los hijos de familia no viviesen la fe o si los padres —bajo pretexto de que son ellos los maestros— no acogiesen el testimonio de aquellos a quienes han dado la vida. Me parece muy expresivo que en la constelación familiar se transmita la fe y se alimente de unos a otros. Y así la familia es maestra en la fe: gracias a la acción de los unos sobre los otros, ayudándose todos los miembros, cada uno a su manera, cada uno según su propia dimensión y su peculiar forma de presencia, pero en una viva y rica transmisión de la fe.

Finalmente, para completar estos comentarios sobre la educación en la fe, quisiera añadir una observación. Quizá haya habido algún momento en que la educación religiosa del niño o del adolescente fuera monopolio de la familia. Hoy día la función educativa —incluyendo la educación religiosa— es atribuida también a otros ambientes: la escuela, la parroquia, los movimientos católicos de jóvenes, los grupos juveniles, las agrupaciones culturales. Y también la prensa. Precisamente esta mañana hablaba con los periodistas y hacía referencia al influjo de los “mass media” en la educación de los hijos; un influjo que puede ser

6. CONC. VATICANO II, Const. *Gaudium et Spes*, n. 48; PABLO VI, Exhort. apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 71.

muy positivo si es tomado con mucha responsabilidad, pero que corre el riesgo también de ser negativo, deseducativo.

El hecho es que la educación está distribuida, con el consiguiente riesgo de contrastes —o incluso de contradicciones— entre lo que proponen o enseñan los padres de familia y lo que proponen o enseñan esos otros ambientes; es importante asegurar a la familia su papel específico, más aún, su papel primordial en esta materia, pero evitando el irrealismo de pensar que sólo la familia educa. Por el contrario, los padres han de tener bien presente que otros ambientes influyen en sus hijos y crean a veces tensiones en el alma del educando. Puede a veces dolernos que eso ocurra, pero hay que tener presente que es así para aportar el oportuno remedio.

3.1.2. *La transmisión de valores*

Personalmente estoy convencido de que este es uno de los elementos más importantes, si no el más importante, de acción de la familia: transmitir valores de una a otra generación. ¿Qué valores? Valores humanos en general: cualidades y virtudes. También valores morales, valores culturales, valores sociales, y —¿por qué no?— valores espirituales y valores religiosos.

Me parece que en toda sociedad, y en especial en la nuestra, es necesario respetar y potenciar esta función de la familia en cuanto transmisora de valores. Porque es privilegio de la familia que en su seno se transmitan esos valores no de forma académica y a distancia, sino como por ósmosis. A través de la escuela cotidiana de la existencia, la familia educa y enseña a vivir, entregando a las jóvenes generaciones el sentido profundo de la vida e iniciando a la práctica de las virtudes con el afecto, con la confianza mutua, con el amor, en la intimidad del hogar. Estamos ante una transmisión de valores que se lleva a cabo, podríamos decir, espontáneamente, por el hecho de poseer la misma sangre y estar unidos en el mismo afecto.

3.1.3. *La formación de las personas*

La *Gaudium et Spes* empleó una expresión muy bonita, muy fructuosa, al afirmar que la familia es la escuela del más rico humanismo⁷. En la familia se aprende humanismo, en ella se aprende a ser hombres. No es tarea fácil formar una persona, si por persona

7. Const. *Gaudium et Spes*, n. 28.

entendemos un conjunto armonioso y equilibrado —los dos adjetivos son importantes— de virtualidades maduras serenamente. No es tarea fácil formar un hombre, si por hombre entendemos alguien abierto a las otras personas para dar y para recibir. Mons. Escrivá de Balaguer, en una de sus homilias, anima a las familias a ser hogares en que se formen “cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren más tarde, en la sociedad”⁸.

Así debe ser, pero esta formación de personas, de hombres íntegros no es —repetámoslo— tarea fácil. Sin embargo, la familia puede llevarla a cabo, ya que cuenta para ello con la gracia del sacramento y con realidades humanas fundamentales:

— cuenta, en primer lugar, con la presencia en su seno de los modelos complementarios de un hombre y una mujer: el padre y la madre, en este caso. Los aspectos biológicos de lo masculino y lo femenino son mucho menos importantes que los psicológicos y los espirituales: no por una cuestión meramente biológica, sino por una finalidad mucho más profunda, el Señor quiso colocar al frente de una familia a un hombre y a una mujer para que sirviesen de modelo a los hijos, y contribuyeran, con su complementariedad, a formar hombres completos;

— cuenta también con los desafíos que el vivir cotidiano lanza cada día a quienes la componen, invitándoles, a través de la convivencia diaria, a quererse, a olvidarse de sí mismos, a preocuparse de los demás.

En resumen, la familia es, por naturaleza, formadora de personas. También por esta razón es necesario salvaguardar su función primordial, sin ignorar las aportaciones de otras instituciones, pero siempre buscando que esas aportaciones sean positivas y se integren con la misión que la familia realiza.

3.2. EL NIVEL SOCIAL

Pasemos ahora al segundo nivel en el que se ejerce el dinamismo apostólico de la familia: la irradiación en la sociedad. Y

8. *Es Cristo que pasa*, n. 28.

aquí, omitiendo muchas otras consideraciones, me fijaré sólo en dos puntos.

Ante todo, quiero decir que la familia es un factor de socialización de sus miembros, sobre todo respecto a los niños y adolescentes a quienes la familia prepara para ingresar en esa comunidad más amplia y completa que es la sociedad global.

Tal ingreso no es nada fácil. Los educadores lo saben bien, y algunos de mis oyentes, más jóvenes que yo, quizás recuerden todavía lo difícil que les resultó la entrada en la sociedad global: el ingreso del adolescente en la sociedad global puede ser traumatizante y, a veces, lo es. Este es un hecho que no podemos minusvalorar, ya que del modo como se realice ese ingreso en la sociedad global, dependen experiencias que condicionan el desarrollo futuro de la personalidad.

Si su ingreso en la sociedad global no es sano y sereno, el adolescente puede tener reacciones de miedo a enfrentarse con el mundo, encerrándose sobre sí mismo; o reacciones de cinismo, queriendo disfrutar lo que la sociedad le da, pero sin que él tenga que dar nada; o reacciones de indiferencia, y, de esa forma, aislarse, viviendo entre sus semejantes, pero sin que le afecten ni los dolores, ni las alegrías, ni las aspiraciones, ni los problemas de la sociedad; es posible, también, que tenga reacciones de prepotencia, y deseos de manipular con violencia las cosas para acomodarlas a su placer y a sus intereses.

Son muchos los riesgos y muchos los valores en juego. De ahí la importancia de una adecuada preparación para un ingreso sano, armonioso y equilibrado en la sociedad. Y aquí aparece de nuevo la familia realizando un papel fundamental. Porque las familias —sobre todo las familias numerosas (permítaseme a mí, el mayor de una de 10 hijos, rendirles públicamente homenaje)— pueden ser la mejor escuela de virtudes sociales. ¡Feliz el joven que puede entrar en la sociedad habiendo aprendido en su familia la lección de la solidaridad, de la ayuda mutua, del servicio recíproco, de la compasión hacia los más débiles, del amor al bien común por encima del amor al bien individual!

La familia cumple esta función, transmite las virtudes sociales, cuando es una familia no egoísta ni cerrada, sino abierta. Y la cumple —digámoslo una vez más—, no con lecciones académicas, sino con la vida misma en enfrentamiento con las situaciones diarias y con las dificultades. Feliz, por eso, incluso la familia donde hay un miembro enfermo o incapaz, donde existe

la pobreza y padres e hijos tienen que esforzarse para sostenerse los unos a los otros. Feliz, en todo caso y siempre, la familia en la que los hijos aprenden de los padres lo que es amarse de veras. Vivir en familias así ofrece a los jóvenes la oportunidad de prepararse para entrar en la sociedad global con alegría, con serenidad, con apertura de espíritu, sin sentir ni el miedo, ni la indiferencia, ni el cinismo, ni la prepotencia.

Quizá tendríamos que retomar aquí lo que dijimos antes sobre la formación de personas: el mejor servicio que la familia puede prestar a la sociedad consiste en proporcionarle hombres de personalidad armoniosa y equilibrada. Ese es el mejor fruto de la acción apostólica de la familia, respecto al bien de la sociedad. Pero no olvidemos que la fe es la mejor garantía de una personalidad humana íntegra. Por eso, una familia cristiana debe considerar como eje de su espíritu apostólico el esfuerzo para colocar los grandes valores evangélicos —la fe, la caridad, el amor a imitación de Cristo— en el centro vivo de los valores humanos que transmiten: la solidaridad, la ayuda mutua, la compasión. De esa forma su dinamismo apostólico llegará a su punto más alto.

3.3. EL NIVEL ECLESIAL

Un tercer nivel de acción de la familia, es su condición de célula de la comunidad eclesial.

También aquí debo, por necesidades de tiempo, dejar de lado muchas otras reflexiones y quedarme con una sola. Me inspiro, para formularla, en un pensamiento de un gran amigo mío, Mons. Fiordelli, obispo de Prato. Este gran pastor observaba en una carta pastoral de los años del Concilio que la familia, desgraciadamente, no es considerada bastante como un verdadero espacio pastoral. Las leyes eclesiásticas —podemos decir— consideran las archidiócesis, a cuyo frente está el arzobispo; las diócesis, a cuyo frente está el obispo; las vicarías episcopales, a cuyo frente está el vicario episcopal; las parroquias, con sus párrocos; hoy día agregaríamos las comunidades eclesiales de base; pero luego salta directamente a las personas. Hay ahí —pensaba Mons. Fiordelli— un vacío, un foso: falta por considerar un espacio pastoral, el de la familia.

Todo esto me hace pensar que el viejo Derecho Canónico, el anterior al Código de 1917, habla de hogares (*foci*). Esa terminología se ha perdido. Hoy, por ejemplo, un párroco tal vez diría:

“tengo en mi parroquia 3.000 almas”. Aparte de que, para ser exactos, habría que hablar también de 3.000 cuerpos, y más exactamente de 3.000 personas humanas, sería más acertado que dijera: “tengo 600 hogares, 600 fuegos encendidos, 600 familias cristianas”.

No quiero dejar de hacer, aunque me extienda un poco, una reflexión. Así como el sacerdote recibe un sacramento para ser el jefe de ese espacio pastoral que es la parroquia, y el obispo recibe la plenitud del sacramento del Orden para ser el jefe de ese otro espacio pastoral que es la diócesis, así también los casados reciben un sacramento para ser los jefes de ese espacio pastoral que es la familia. El sacramento del matrimonio —re-pitámoslo— no se confiere sólo para la perfección personal de los esposos, sino para una misión y una función eclesial. No sólo los constituye en jefes de una familia biológica, sino que también los hace jefes de una iglesia; como el Concilio lo dice muy claramente: jefes de una *ecclestola*, de una iglesia doméstica.

Como es bien sabido, San Agustín pronunció algunos de sus más bellos discursos en los aniversarios de su consagración episcopal. En uno de esos discursos, se dirige a sus oyentes, a todo el pueblo reunido en su catedral —formado en su casi totalidad por padres y madres de familia—, comenzando con unas palabras singulares: no dice *amatissimi fratres* o *amatissimae sorores*, sino que empieza diciendo: *amatissimi coepiscopi mei*. Ahora bien, si un obispo como Agustín veía en los padres de familia de su diócesis otros tantos “coepiscopos”, otros tantos colaboradores, ¿cómo no decir lo mismo con relación a todos los demás niveles de la vida eclesial? Debemos verlo y pensarlo así: para multiplicar los brazos; pero, sobre todo, para respetar la verdad de las cosas, para ser coherentes con la realidad de los sacramentos, y con el organismo teológico de la Iglesia. Hay que hacer esta revolución: ver en cada hogar cristiano un “espacio pastoral” auténtico, y ver en los padres y madres de familia los jefes de este “espacio pastoral”, con la autoridad y con las gracias sacramentales que el Señor les ha conferido.

4. LAS AMENAZAS AL DINAMISMO APOSTOLICO

También aquí voy a ser sintético: el espíritu apostólico de una familia depende de la integridad de ese hogar. Todo lo que conspira y atenta contra la integridad de la familia, atenta y

conspira contra su dinamismo apostólico. Son, por eso, amenazas para la vibración apostólica la falta de verdadero amor, la falta de unidad (de los cónyuges entre sí y de los padres con los hijos), la falta de intimidad del hogar, y, en sentido contrario, la falta de apertura (porque debe haber intimidad con apertura), la falta de autoridad...

Me acuerdo, respecto a este punto, de un queridísimo amigo de Brasil que se sorprendería si supiese que le estoy citando en este Simposio. Me dijo en cierta ocasión: "He tomado una resolución: para mis hijos, ya no voy a ser padre, sino amigo". Yo le repliqué: "Mi sentido pésame a tus hijos, porque antes tenían muchos amigos, y un padre; ahora sólo tienen amigos...". El padre debe ser padre, sin abdicar de su condición. Otra cosa es que sea un padre-amigo. Esto sí. Pero sin dejar de ser un padre que manifiesta a la vez cariño y autoridad, con confianza y con afecto. La vida de la familia, para ser armónica, requiere una autoridad, a la que los hijos deben reverencia. Bien es verdad que también reclama de los padres respeto a los hijos: sólo así podrá merecer el respeto de sus hijos. Y todo esto con un lazo de afecto.

Una última e importantísima amenaza al espíritu apostólico de la familia: la falta de oración. Una familia donde no se reza, una familia donde no se alza una alabanza amorosa al Señor, cuyos miembros no se reúnen para leer la palabra de Dios y alimentarse con ella, es una familia a la que le falta integridad, y a la que faltará también vibración apostólica.

En una palabra, todo lo que hace que una familia sea menos *ecclesiola*, es lo que hace que sea menos apostólica, que irradie menos luz a su alrededor, que su espíritu cristiano sea menos dinámico.

5. AL SERVICIO DEL DINAMISMO APOSTOLICO DE LAS FAMILIAS: LA PASTORAL FAMILIAR

Llego a mi última consideración. Al servicio de la actividad apostólica de las familias debe situarse una pastoral familiar. Una pastoral inteligente y abierta. Una pastoral lo más completa posible, es decir que no olvide ningún elemento de la vida familiar. Una pastoral nutrida de los tesoros de las ciencias humanas (psicología, antropología, etc.), pero nutrida, sobre todo, de

sana teología basada a su vez en las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia sobre las grandes riquezas de la familia y del matrimonio.

Doy por supuesto todo lo que hoy, y en las jornadas anteriores, hemos oído a lo largo de este Simposio, y me limito a añadir sólo algunas consideraciones:

1.^a) La pastoral familiar debe atender a las familias bien estructuradas para que, desde ellas, llegue la vida de Cristo a toda la sociedad. Pero no debe olvidar las tareas encaminadas a sanear las familias desintegradas.

No puedo dejar de pensar con pena en algunos países de mi América Latina, cuyas estadísticas nos dicen que el 70 % de los niños nacen en hogares desorganizados, irregulares, con todas las consecuencias no sólo morales, sino psíquicas y sociales que eso trae consigo. Como bien se sabe, los niños que nacen en esas condiciones son propensos a problemas psíquicos, tienen un rendimiento escolar muy bajo, son más fácilmente víctimas de la criminalidad infantil y juvenil. El continente latinoamericano —que está llamado a crecer y tiene ansias de desarrollarse— debe enfrentarse así con esos límites en el punto de partida, con la tarea de su propio desarrollo; y cosas parecidas podrían decirse con respecto a otras naciones. Baste eso para señalar desde el punto de vista político y social y desde el punto de vista humano, el problema de las familias desorganizadas. Es preciso llevar a cabo una pastoral continuada y exigente, a fin de solucionar estos problemas, para que no haya más familias desorganizadas, para que las familias lleguen a ser familias cristianas verdaderas, capaces de irradiar paz a su alrededor, como se nos recordaba en una de las ponencias que me han precedido.

2.^a) Los organismos oficiales de pastoral familiar han de estar dispuestos a colaborar con todas las organizaciones y personas que aspiren a trabajar por la familia, con tal que esos organismos y personas se asienten sobre convicciones que no contraríen a los ideales del cristianismo. Nadie debe cerrar la puerta a la colaboración. ¿Por qué decir “lo hago yo solo”? No es bueno ese espíritu. Tenemos que ver con buenos ojos cuantas cosas positivas realicen los demás, y estar, si el caso lo requiere, dispuestos a colaborar con ellas: entonces la pastoral será verdaderamente eficaz. En este sentido, ¡cuánto me alegró saber que una Universidad quisiera estudiar muy en serio los problemas del matrimonio

y de la familia! La acción pastoral tiene que estar unida a la ciencia, de la que recibe orientación e impulso.

3.^a) La pastoral ha de tener en cuenta los innumerables movimientos familiares contemporáneos. He expresado alguna vez mi convicción de que en el futuro, cuando se hable del siglo **xx**, se podrá decir que ha sido uno de los siglos más tormentosos para la familia, pero también se dirá que ha sido el siglo de la familia. En efecto, jamás el mundo ha conocido tantos movimientos en favor de la familia, quizás precisamente porque nunca como ahora la familia ha conocido tantas amenazas, tantas contradicciones, tantas dificultades. Y al pensar en esos movimientos vienen a mi memoria los "Equipos de Nuestra Señora", el "Movimiento Familiar Cristiano", los "Centros de Preparación para el Matrimonio" y tantos otros. Así como las más variadas iniciativas de tipo civil, como las de estos matrimonios, inspirados por la espiritualidad del Opus Dei, a los que durante estos días he podido conocer, enterándome de su apostolado secular y de su trabajo en asociaciones y grupos que fomentan la orientación y la promoción de la familia. Todos esos movimientos apostólicos y todas estas iniciativas son importantes ayudas para la familia y el desarrollo de su función humana y social.

4.^a) La acción pastoral ha de ser sensible a la educación en el amor. Es muy importante la educación al amor. Cuando oigo hablar de la necesidad de la instrucción sexual, pienso que no es suficiente. La educación sexual es algo más, pero todavía poco. Lo único que tiene pleno valor es la educación para el amor, que da sentido a la educación sexual. Si no se llega a esta educación para el amor, ¿qué sentido tiene una mera instrucción sexual, una mera educación biológica o, a lo más, psicológica sobre el sexo?

Esta educación del amor tiene su lugar específico en las casas de familia, pero también, a su modo, en los colegios. Ha de empezar en la adolescencia y llegar hasta el matrimonio. Más aún, debe continuarse también después del matrimonio para ayudar a las parejas en crisis. No hay pareja que en ciertos momentos de la vida no pase por crisis y si, en ese momento, no encuentra ayuda puede naufragar. Si reciben ayuda pueden en cambio renacer de la crisis con muchas más energías espirituales, con mucho más dinamismo apostólico.

5.^a) Por último, diré que una pastoral familiar ha de apoyar a las familias, pero no debe encerrarse en un "familismo". No puede decir: "Me importa todo lo que es familia, pero lo que no tiene el adjetivo familiar no me interesa". Una pastoral así sería una pastoral miope. La verdadera pastoral familiar sabe que la familia está por todas partes, que todo afecta a la familia. Por eso, no puede ignorar los problemas sociales, políticos, económicos y religiosos en general; debe tener presente toda esa realidad e integrarlos en una respuesta que de esa forma será no sólo válida, sino plenamente eficaz.

Podría añadir otras muchas cosas. Pero he aprendido de mi maestro de oratoria, el Padre Philipon, una regla fundamental en esta materia, una regla de oro: "un discurso para ser inmortal, no debe ser eterno".

Termino, pues, y lo hago con un pensamiento de mi querido Padre Pedro Richards, fundador del Movimiento Familiar Cristiano en América Latina. Se trata de unas palabras que él ha repetido con frecuencia y que tengo muy dentro de mi corazón: "la familia pertenece a quienes más la conocen, más la aman y mejor la sirven". Ojalá la familia pertenezca por estos títulos a la Iglesia. Y ojalá este Simposio nos haya sido útil a todos para este conocimiento, para este amor, para este servicio a la familia.